



San Fabián Maroto, José Luis (2014). *Evaluar programas socioeducativos en tiempos de crisis. Un enfoque organizacional*. Oviedo: Ediciones Trabe, 204 págs. ISBN: 978-84-8053-713-1

El libro del profesor San Fabián muestra una panorámica general de la evaluación de programas, poniendo de manifiesto sus dificultades y resistencias, pero también las posibilidades que tiene para la mejora de dichos programas, en unos momentos en que los gobiernos de orientación neoliberal practican recortes y desmantelan progresivamente el Estado de Bienestar. Inscribir la evaluación en un contexto organizativo y social, en sentido fuerte,

es lo que le lleva a adoptar lo que llama una “perspectiva organizacional”. Si queremos una evaluación de programas orientada a la mejora, sin duda, las prácticas evaluativas han de estar vinculadas con sus contextos organizativos. Por lo demás, el libro lo escribe el autor desde la triple experiencia de evaluador de programas, docente de esta temática y estudioso de la literatura sobre el tema. Sin embargo, más que manual de asignatura, domina en el libro que reseñamos una *perspectiva crítico-reflexiva*: qué puede aportar la evaluación de políticas y programas en la actual crisis social; de otro lado, paralelamente, cuáles son los principales problemas que tiene planteado este campo si quiere contribuir a la mejora social. Esta perspectiva crítico-reflexiva se ve reflejada en el apartado final de cada capítulo (*Dilemas de la práctica evaluadora*), que plantean un conjunto de dilemas, en ocasiones a partir de otras lecturas a las que se remite, que contribuyan a reflexionar y adoptar una postura en el lector.

En este marco, el primer capítulo se dedica a un análisis sobre *el Estado de Bienestar*, donde florecieron los servicios y programas sociales, cuando la Europa social se encuentra hoy aquejada de grave crisis, donde nada volverá a ser como antes. En cualquier caso, una profundización de la democracia social exige unas prácticas evaluativas que puedan contribuir a una gestión más eficaz de los recursos, a extender una cultura de responsabilidad entre los gestores, dar la voz a los partícipes, y conocer el impacto. Si una democracia precisa de una ciudadanía informada, la investigación evaluativa de programas sociales puede contribuir decididamente a ello. Como señala el autor, “la evaluación de programas sociales está íntimamente vinculados con el surgimiento, construcción y puesta en cuestión del Estado de Bienestar,

alcanzando su mayor difusión en el momento en que se pone en cuestión dicho modelo de Estado por su bajo rendimiento” (p. 44). En fin, el “estado evaluativo” ha florecido con motivo de el Estado de Bienestar.

El segundo capítulo (*La evaluación de programas y servicios sociales*) describe el origen y expansión de la evaluación de programas, la evaluación de programas y centros educativos en España, modelos y enfoques de evaluación de programas, y dilemas de la práctica evaluadora. El capítulo traza, pues, un amplio panorama tanto de lo que se ha hecho en España y en el mundo, como de sus orientaciones fundamentales. Nos encontramos con un ámbito donde proliferan una variedad de enfoques y metodologías que, aparte de la pluralidad metodológica, enriquecen el campo, lejos de la añoranza por un enfoque único, validado “científicamente”. La *perspectiva evaluativa* (segundo capítulo) practica una investigación dirigida a valorar el diseño, implementación y utilidad de los programas de intervención social. Por eso, como investigación aplicada, busca proporcionar información para la planificación de un programa, su realización y su desarrollo. Estamos ante una investigación social cuyo canon no puede ser el positivista de las ciencias experimentales. Al respecto hace una propuesta propia de enfocar los problemas de la evaluación como problemas de la organización, por lo que han de ponerse en interacción con las estructuras y procesos de aquellas organizaciones donde se aplican. Exige, de otro lado, que la organización se implique activamente en la planificación y desarrollo de la evaluación.

Las *cuestiones fundamentales en la evaluación de programas socioeducativos* configuran el capítulo cuarto, el más extenso y central en el libro que comentamos, dedicado a las naturalezas y finalidades, los procesos y la utilización de los resultados. Cada uno de estos apartados recogen y plantean, de modo crítico, las cuestiones más relevantes, según la literatura; al tiempo que se presentan algunos de los dilemas prácticos que están inmersos en las cuestiones analizadas. La doble naturaleza (técnica y política) de la evaluación de programas es fuente de problemas pero, al tiempo, de fertilidad, pues posibilita mecanismos democráticos en la toma de decisiones. Plantean dilemas como evaluación orientada al control o al cambio, evaluar programas o evaluar políticas, etc. La evaluación, más que un asunto de técnicas, es un conjunto de procesos: negociación y concreción del encargo, decisiones metodológicas, equipo evaluador, relación con audiencias y participación de los interesados, gestión de los proyectos de evaluación. Todo esto se muestra, en el tono adoptado en el libro, mediante dilemas prácticos que contribuyan a dimensionar los asuntos, profundizar en ellos y tomar una postura propia. Las evaluaciones se juegan, finalmente, en el uso, difusión y utilización de los resultados, de manera que puedan influir en reconducir las acciones sobre la base de los resultados. No obstante, los políticos se resisten a usar

la información que deriva de la evaluación, empleándolos solo en los casos en que favorecen sus posiciones previas.

El último capítulo (*Evaluación y mejora social*), me parece, cierra de modo coherente el ciclo planteado en el libro: lo que justifica la evaluación de programas es contribuir a la resolución del problema social al que respondía el programa evaluado. Es cierto que continúa problemático cómo saber si algo contribuye a la mejora social, una vez desestabilizados los criterios de la modernidad. No obstante, contamos con tradiciones potentes de la justicia y equidad. La evaluación busca conocer si un programa responde a necesidades sociales mejor que sus alternativas. Hay, sin embargo, resistencias a una cultura de evaluación en el campo de los servicios y programas sociales que el profesor San Fabián discute en este capítulo final, así como los mitos y estereotipos existentes entre evaluadores y gestores de programas. Entre los dilemas: evaluar en tiempos de crisis, el papel de la universidad, etc.

El libro acaba con un *Anexo (Guía formativa para la toma de decisiones)* que, a partir de la experiencia práctica del autor, proporciona una herramienta para situar las principales decisiones que implica la elaboración de un diseño de evaluación educativa. Se estructura en un conjunto de etapas o fases, estableciendo en cada una las tareas principales, las preguntas o cuestiones que plantean, y las decisiones (abiertas) que debe tomar el evaluador. Estimamos que facilita la comprensión de las principales decisiones que requiere el diseño de una evaluación educativa y, particularmente, orienta la elaboración práctica del diseño.

En fin, como defiende el autor, y nosotros compartimos, los evaluadores necesitan ser pragmáticos a la hora de diseñar y aplicar sus evaluaciones. “La clave va a estar en conjugar este pragmatismo con el rigor metodológico, y de manera esencial, con una puesta al servicio de intereses sociales y no de aquellos particulares procedentes de los patrocinadores, gestores o los propios evaluadores implicados” (p. 68). El libro conjuga a lo largo de todas sus páginas una reflexión crítica con los modos de llevarlo a cabo, induciendo al lector a que entre tomando postura en lo que se plantea. La evaluación de programas, además de un campo técnico, es un asunto político y social. Esto último es lo que hace que pueda seguir prestando un servicio aún en la crisis de el Estado del Bienestar.

Antonio Bolívar  
Universidad de Granada